

ALCALÁ LA REAL Y LOS “ESTUDIOS DE FRONTERA” DESDE UN ESPACIO INTERIOR

EMILIO MOLINA LÓPEZ

Ni en mis más delirantes sueños, y no lo digo por falsa modestia, llegué a imaginar que podría asistir a un acto en el que se me ofreciera un Homenaje y, aún más, en el marco de las ininterrumpidas convocatorias de los *Estudios de Frontera*, celebrados con carácter bianual en Alcalá la Real, una distinción que, inmerecidamente, me vincula a todos los que me han precedido con muchísimos más méritos que yo. En todo caso, como ya adelanté en los minutos que me correspondieron en tan nutrido encuentro, mi más hondo agradecimiento por tan inmerecidos honores, los cuales están muy por encima de lo que soy y de la humilde óptica con la que siempre he mirado mis propias realizaciones.

Es por ello que, como he pretendido que así fuera desde el primer momento en que se me comunicó la noticia, quise que este reconocimiento se hiciera también extensivo a todo el arabismo granadino, al vinculado a la Universidad y al de la Escuela de Estudios Árabes (CSIC) de la Cuesta del Chapiz, un arabismo multicolor de origen o adoptivo, incluso al arabismo de otros ámbitos que tanto han contribuido a fortalecer el arabismo que hoy somos y que ha sabido preservar, por un lado, lo mejor y más fecundo de quienes fueron nuestros maestros y, por otro, abrir nuevas sendas renovadoras, acordes con los tiempos de compromiso que hoy vivimos.

Creo que éste no es el momento en el que yo mismo deba interesarme en el contenido ni en el alcance de mi propia trayectoria personal, profesional e investigadora, cosa que han hecho con óptica más que bondadosa mis colegas y amigos,

coautores de la *Biobibliografía*, editada por el Área de Cultura del Ayuntamiento de Alcalá la Real, 2013, Camilo Álvarez de Morales, con quien he compartido más de cuarenta años de amistad y ejercicio profesional y de quien he aprendido mucho más en lo personal; nadie como él podía haber trazado, con ese lenguaje claro y entrañable que le es natural, tantas vivencias compartidas desde que, allá por los años finales de los sesenta del pasado siglo, recalé desde mi tierra murciana en la agitada y siempre fascinante Granada universitaria, compartiendo con él asiento y pupitre; así como M^a Dolores Rodríguez Gómez y Antonio Peláez Rovira, hoy entrañables compañeros del Departamento de Estudios Semíticos pero a quienes un día –y por ello de nada me siento más satisfecho– modestamente orientamos o ayudamos en sus primeros pasos (lo expreso en plural porque en ello incluyo a Camilo Álvarez), lo que les ha convertido en maduros profesores universitarios. Ellos y nosotros lo sabemos, más allá del estricto discipulaje o de la transferencia de conocimientos, he procurado ser un honesto servidor de una sociedad y de un colectivo particular, el universitario, al que de una forma u otra nos debemos. Subrayaba líneas arriba que si de algo me siento satisfecho de mi servicio a la Universidad es el haber tenido la oportunidad de transferir no sólo modestos conocimientos sino otras posibles dimensiones y actitudes de la siempre infinita esfera humana. No creo que la deuda con la Universidad se pague sólo con una vida profesional intachable y desde la máxima consagración al trabajo personal, es decir, al hecho de dar clases y realizar trabajos de investigación. Mal puede pagarse la cuenta en rojo con la Universidad por el hecho de realizar para ella sólo labores remuneradas de carácter docente e investigador. Después de más de cuarenta años de profesión sigo pensando que entre las condiciones del universitario (lo hago también extensivo a todo el colectivo docente), además de otros méritos y capacidades, debería sumar un permanente ejercicio de generosidad.

El prestigio, la trascendencia y la calidad científica de los *Estudios de Frontera* que vienen celebrándose en Alcalá la Real desde aquel ya lejano primer encuentro sobre el Arcipreste de Hita en 1995 son ya una realidad indiscutible. El alcance historiográfico de lo fronterizo con sus implicaciones políticas, sociales, jurídicas, diplomáticas y económicas tiene hoy un referente ineludible en Alcalá. Y ello es así gracias a todas las personas e instituciones que han hecho posible esta realidad científica, al Exmo. Ayuntamiento, a su Concejalía de Cultura, a la Diputación de Jaén, a todos los que a lo largo ya de estos casi veinte años han participado con valiosas contribuciones, pero entre ellos hay nombres propios y apellidos concretos en primera línea de organización: el profesor José Rodríguez Molina, compañero de la Facultad de Letras de Universidad granadina, aunque en la otra línea de la frontera medieval, amigo de siempre, de trato y aprecio, y a quien debo la gentileza

de introducirme por primera vez en Alcalá la Real con motivo del primer encuentro de *Estudios de Frontera* de 1995, así como el ofrecimiento para colaborar en aquella preciada obra colectiva, un hito historiográfico ineludible, sobre *Alcalá la Real. Historia de una ciudad fronteriza y abacial*, editada en por su Ayuntamiento en 1999. Si este referente personal es ineluctable no lo es menos Paco Toro, a quien no me es posible desvincular de mi relación afectiva con Alcalá, eficaz y entusiasta gestor donde los haya, cálido, atento y silencioso.

Más allá de las razones que motivan la elección y la relación de las personas en el ámbito académico y científico, no puede negarse, y somos muchos los que lo hemos experimentado a lo largo de una dilatada experiencia profesional, que hay ideas, sentimientos, estilos, planteamientos, reacciones y trayectorias vitales (ahora sí incluyo lo personal) que trascienden de lo académico y presagian otros espacios más gratificantes en los complejos estadios anímicos. Cierto es que a partir de entonces las relaciones se convierten en un fluido continuo que se torna, al fin, en una sólida y fiel amistad; amistad fundamentada en la seriedad y en el conocimiento. Esto es lo que me ha ocurrido en mi ya larga relación con Alcalá la Real con la que, sin lugar a dudas, me sentí plenamente identificado desde el primer momento que puse el pie en ella y con la que he compartido casi veinte años esta antorcha encendida de lo “fronterizo”. Tal vez porque, por razones de paisaje y paisanaje, también procedo de otro enclave fronterizo, Caravaca de la Cruz (Murcia), y ello ha generado esquemas mentales afines, sin duda, flexibles y cambiantes, o porque, por razones de discipulaje me he visto obligado a serlo durante algún tiempo en buena parte de mi trayectoria profesional, lo cierto es que tales imperativos, sin apenas apreciarlo, han ido tomando conciencia en mí. Qué duda cabe que en “fronteras” vivimos siempre los seres humanos.

Sobre este particular, pensaba omitir aquí unas anécdotas que adelanté en mi turno de participación en el IX Congreso. Pero ahora cuando me hallo redactando estas líneas he tenido noticia a través de mis colegas medievalistas y paisanos Juan Francisco Jiménez Alcázar y Ángel Luís Molina Molina de que ha fallecido don Juan Torres Fontes, también objeto de Homenaje en los *V Estudios de Frontera* celebrados en Alcalá la Real los días 14 y 15 de noviembre de 2003. Quienes tuvimos la suerte de conocerlo sólo podemos expresar el dolor que supone esta pérdida para el conjunto del medievalismo hispano en general y para el murciano en particular. Mi relación con el maestro del medievalismo murciano fue esporádica pero significativa: participó como miembro del Tribunal en mi tesis doctoral y además tuvo la gentileza de prologarme una de mis primeras monografías, *Ceyt Abu Ceyt. Novedades y rectificaciones*, Almería, 1977. Esta es la razón de que si a él aludí en mi citada

intervención a propósito de un entrañable encuentro personal que hoy recuerdo tan vivamente como ayer, no hay razones para silenciarlo ahora. Cuando finalicé mis estudios de Licenciatura en Granada en 1970 tras haber pasado por las aulas de la Universidad de Murcia después de haber terminado los entonces llamados estudios “Comunes”, en una de mis visitas a mi Universidad de origen, recuerdo que fui a visitar a D. Juan a su despacho en la Facultad y en el marco de una breve conversación me dijo:

–Me gustaría hacer algo por Ud. para que pudiera quedarse en su tierra.

Le di las gracias y le hice saber que ya me habían acogido en Granada en el Departamento de Historia del Islam, bajo la dirección de D. Jacinto Bosch Vila, en calidad de Ayudante de Investigación, bien es verdad -muchos lo recordarán-, que en condiciones económicas muy precarias. Fue entonces cuando me contestó:

–No se preocupe, va Ud. como adelantado a la frontera. Si más tarde en mi oficio como alfaqueque puedo rescatarlo, así lo haré.

Dos años más tarde, en 1972, por motivos que ahora no vienen al caso, me vi obligado a solicitar una plaza de Ayudante en el entonces recién creado Colegio Universitario de Almería, adscrito a la Universidad de Granada. Aquella nueva situación no estaba en mis planes ni tampoco en los de D. Jacinto que, dicho sea de paso, hizo todo cuanto pudo para que continuara en Granada. Ante lo inevitable me dijo:

–No se preocupe, de momento se va como *muqaddam* a la frontera oriental granadina. Seguro que volverá.

En esta doble condición de “fronterizo”, por imperativo geográfico o académico, es mucho de lo que he aprendido, entre otras cosas, que la frontera no es una línea rígida e impenetrable, no es muro de separación sino de encuentro, y un mundo que brinda una impresionante gama de posibilidades, como se subraya en una de las presentes colaboraciones científicas de este IX volumen de Actas. Así es como he vivido y sentido durante estas dos décadas los encuentros fronterizos alcalaínos, sin apenas percibir la línea de separación de frontera entre las dos áreas de conocimiento, el medievalismo no árabe y el arabismo medieval.

Inevitablemente, en este tiempo he quedado en deuda con muchas personas, las cuales, de una manera u otra, compartiendo recuerdos e ideas, música y momentos emotivos, han hecho posible por su presencia y su destacada participación que el producto final de este IX encuentro fuera mejor de lo que de otra manera hubiera sido. Gracias de todo corazón.